

UNA CLAVE PARA UNA ENSEÑANZA EFICAZ

La sociedad contemporánea sufre un peligroso desconcierto espiritual, que se agrava a diario debido a ciertas leyes que alteran el sentido profundo de instituciones básicas –como es, por ejemplo, el matrimonio-, a la tergiversación manipuladora de conceptos tan decisivos como libertad, independencia, amor..., a la falta de criterios sólidos en el enfoque de los problemas decisivos de la existencia.

Para formar debidamente la personalidad de niños y jóvenes en un ambiente social desconcertado se requiere tener ideas *muy precisas y lúcidas* acerca de lo que es la persona humana, las leyes de su desarrollo, el ideal que impulsa su crecimiento... Tales ideas se adquieren al descubrir las doce fases del proceso de desarrollo personal. Ese descubrimiento múltiple –realizado en la obra de Alfonso López Quintás *Descubrir la grandeza de la vida*, Ed. Puerto de Palos, Buenos Aires- nos permite vivir una serie de *transfiguraciones* (el cambio de ciertos objetos en ámbitos, la superación de la actitud egoísta de dominio y manejo, la transformación de la mera vecindad en una relación de encuentro...). Estos ascensos a niveles superiores de realización nos producen admiración, gozo y entusiasmo. Entramos, con ello, en el ámbito de la “*Pedagogía de la admiración*”. Cuando un niño o un joven se adentra en él, inicia una carrera de sucesivas elevaciones que lo llevarán a un estado de libertad interior y, por tanto, de madurez intelectual y espiritual.

Lo decisivo en la vida es elevarse del *nivel 1* –caracterizado por el afán interesado de manejar objetos- al *nivel 2* –el del encuentro generoso y creativo- y asentar éste en la roca firme del *nivel 3* –el de la opción incondicional por los grandes valores: bondad, justicia, verdad, unidad, belleza- y del *nivel 4* –el que fundamenta la incondicionalidad de tal opción en el hecho de que todos los seres procedemos de un Ser infinitamente bueno, justo y bello, que nos creó a su imagen y semejanza y nos otorgó así una dignidad inquebrantable-¹.

No debemos dedicar mucho tiempo a la crítica de la mentalidad dominante y a la defensa de las normas y los criterios que juzgamos necesarios para encauzar debidamente la vida. Hemos de apresurarnos a poner ante la vista de niños y jóvenes la grandeza que adquiere nuestra vida cuando la situamos en el nivel debido, y ayudarles a ir descubriendo -con asombro- lo que este género de vida nos depara.

El hombre es un “ser de encuentro”

Todo lo que la existencia nos ofrece se condensa en el acontecimiento del *encuentro*: encuentro del bebé con los padres y hermanos, encuentro con el paisaje, el aire y la luz, el agua y el viento, el sol y el firmamento, y, en un nivel superior, encuentro con las distintas clases de valores, con el prodigio del lenguaje y el silencio, la nobleza de un acto de entrega sacrificada, la hondura enigmática de un amor incondicional, el atractivo inefable de la belleza, la relación trascendente del hombre con el Creador, infinitamente distante y, a la vez, entrañablemente íntimo.

Estas experiencias de encuentro pertenecen a los niveles 2, 3 y 4. No podremos ni vislumbrar su importancia si nos movemos en el *nivel 1*. El mejor profesor de Ética, Estética, Metafísica y Religión perderá el tiempo en buena medida si no ayuda a los alumnos, al comienzo del curso, a elevarse al *nivel 2*, el nivel de la creatividad y el encuentro en el que se alumbran los valores.

Suscitar el respeto, la estima y la admiración ante lo auténticamente valioso es el punto de partida de toda formación humana sólida. La impresión de asombro que nos produce lo valioso, cuando se nos manifiesta de forma luminosa -y se nos muestra, por tanto, en su *verdad*-,

¹ El tema de los niveles de realidad y de conducta lo expuse con cierta amplitud en CONSUDEC 1018/19 (2006) p. 12 y 1020 (2006) p. 12.

es una fuente de entusiasmo y buen ánimo para toda la vida. Esa verdad esplendorosa de lo admirable se nos revela en forma de *belleza*. He aquí la forma de *belleza que salvará al mundo*², pues lo encamina por la ruta del ascenso a lo que construye nuestra existencia y la realiza cabalmente.

La experiencia del encuentro es básica en la actividad formativa

En varias leyes de educación recientes se fija como meta de los centros escolares formar a los alumnos para la paz, la tolerancia, la salud, la prevención de adicciones patológicas, el amor, la convivencia, la expresión justa, el razonamiento coherente, la toma reflexiva de decisiones... Tales objetivos no se logran –como se ha creído a veces- con el mero hecho de que los profesores traten estos temas en algún momento de sus clases. La clarificación de esas cuestiones sólo puede realizarse a la luz de un análisis bien articulado de los distintos *niveles de realidad y de conducta* en que puede moverse el ser humano.

1. La educación para la paz y la tolerancia. ¿Cómo formar a niños y jóvenes de modo que sean tolerantes y pacíficos *en sentido profundo*? A mi entender, tal formación sólo es posible si despertamos en ellos el entusiasmo por la unidad y el amor incondicional a la verdad, actitudes que pertenecen al *nivel 3*.

- La paz no implica sólo ausencia de conflictos; supone la creación positiva de vínculos de convivencia. Esta actitud creativa implica sacrificios, que sólo podemos realizar a impulsos del afán de crear unidad.
- La tolerancia no se reduce a la aceptación de cualquier idea o conducta. Eso sería mera *indiferencia*, y no implicaría *creatividad* alguna y, por tanto, desarrollo de la personalidad y fundación de verdadera vida comunitaria. La tolerancia auténtica supone estima del otro, de las cualidades que pueda tener en orden a clarificar una cuestión o un modo de conducta. Ser tolerante es estar dispuesto a *buscar la verdad en común*, con independencia de todo interés partidista. Esa voluntad incondicional de vivir en la verdad, de la verdad y para la verdad suscita en nosotros una actitud de sencillez, que nos lleva a admitir que, cuando conocemos algo, estamos *en la verdad* pero no *en la verdad toda*. Veo a mi amigo Juan por la calle y le doy la mano para saludarle. Al hacerlo, me encuentro con “todo Juan”, pero no con “Juan todo”. Es la persona de Juan la que me sale al encuentro, no sólo su mano o su mirada. Pero no todas las vertientes de la vida de Juan se me hacen presentes al saludarle. Algo análogo sucede con la verdad. A veces estamos seguros de conocer algo de verdad, y tenemos razón en defender esa verdad con firmeza y tesón. Pero erraríamos si pensáramos que conocemos *de modo exhaustivo* esa cuestión. De aquí se deduce que la verdad plena no podemos encontrarla a solas, sino en comunidad. Necesitamos de los demás para ir conociendo la realidad desde más y más perspectivas.

Para garantizar la tolerancia no bastan unos “mínimos éticos”. Se necesita amar incondicionalmente la verdad –lo cual es un “máximo”-, y estimar al otro y colaborar con él, aunque sea nuestro adversario en una determinada circunstancia. Esta apertura de espíritu constituye otro máximo. Si queremos elevar a los alumnos a esta alta cota de convivencia, no debemos limitarnos a proclamar ante ellos la excelencia del espíritu tolerante. Debemos ayudarles a descubrir que el otro es una “realidad abierta” –es decir, un *ámbito*-, que nos ofrece determinadas posibilidades para que las asumamos activamente al tiempo que le ofrecemos las nuestras. Tal interacción fecunda supone una “experiencia reversible”, que es de por sí receptiva y activa a la vez. Esta actitud de reciprocidad es la quintaesencia de la verdadera tolerancia. Puede un niño no haber oído nunca la palabra “tolerancia”; si realiza experiencias reversibles, es tolerante en el sentido

² Aludo a la conocida afirmación de Fedor Dostoiewski de que “la belleza salvará al mundo” (*El idiota*, III, cap. V). Es sabido que el autor se refiere, en concreto, a la belleza de la figura humano-divina de Jesús.

más profundo del vocablo. Como sabemos, las experiencias reversibles se dan en el *nivel 2*, el del respeto, la estima y la colaboración. Es el lugar por excelencia de la actitud tolerante. (Los conceptos de “ámbito” y “experiencia reversible” son expuestos en la obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Puerto de Palos, Buenos Aires, y en el primer volumen de la *Biblioteca del educador*, publicada por la misma editorial).

2. La educación para la libertad auténtica. Si soy respetuoso con la realidad porque adopto en la vida una actitud de sencillez, dejo que la realidad se vaya manifestando tal como es en todas sus implicaciones, y estoy abierto a recibir las posibilidades que me ofrezca. Al asumir activamente tales posibilidades, despliego una actividad creativa, soy *libre para ser creativo*. Me atengo a la realidad, tal como se me manifiesta. Esta manifestación de la realidad es su *verdad*. Al atenerme -u *obligarme*, en el sentido etimológico de “vincularme profundamente”- a la verdad de cada realidad (lo que es, las exigencias que me plantea, las posibilidades que me ofrece...), me veo *promocionado* por ella, no *coaccionado*. Debo, ciertamente, acotar mi “libertad de maniobra” (que pertenece al *nivel 1*), pero me muevo con seguridad y eficacia en mis actividades creativas (*nivel 2*). Soy, por tanto, libre con “libertad creativa”. Cuando nos movemos en el *nivel 2*, podemos decir con todo rigor que la *verdad nos hace libres*. Reconozco libremente la *autoridad* que la verdad tiene sobre mí en cuanto me promociona como persona, aunque no tenga *mando* o poder coercitivo.

Educar para la libertad no es viable si se confunde la “libertad de maniobra” con la “libertad creativa” por no distinguir debidamente los niveles 1 y 2. Todas las aportaciones que queramos hacer a la formación de los niños y los jóvenes deben estar encuadradas en el proceso de descubrimiento de las doce fases del desarrollo humano. Dentro de él adquieren verdadero sentido y plena eficacia.

3. La educación para la salud. Educar para la salud es imposible si no se aprende antes a descubrir los diferentes valores y jerarquizarlos (niveles 2 y 3). Lo agradable, por ejemplo, es un valor, pero lo es no sólo porque nos satisface sino porque detecta valores más altos y nos remite a ellos. Mi salud es un valor más alto que el agrado que me proporciona un alimento sabroso. Pero tampoco la salud es el valor supremo. Consagrar las fuerzas que me otorga una buena salud a cuidar a un enfermo o educar a un niño encierra un valor todavía más alto. Si tal servicio lo realizo porque soy consciente de que fundar unidad es una ley de todo el universo, su valor adquiere un matiz peculiar que lo enriquece sobremanera. Un creyente que vea el cosmos como fruto de un acto amoroso del Creador y considere que, al crear unidad, proseguimos su labor creadora y cerramos el círculo de amor del universo, dando a éste su máxima dignidad y poniéndolo en verdad, confiere a sus actos de servicio y a sus relaciones de convivencia un valor supremo.

Si sabemos conceder a la salud el rango que le compete, no dudaremos en hacer sacrificios para cultivarla, sabiendo que, además de ser gratificante para nosotros, puede actuar de peldaño para lograr valores todavía más relevantes. Sin esta disposición gozosa al sacrificio –bien entendido-, no prestaremos atención a cuanto se nos diga sobre la necesidad de cuidar debidamente la salud. (Esta idea la explano en *El arte de cuidar la salud*, librito de próxima publicación en CONSUDEC).

4. La educación para la prevención de adicciones. En el cuidado de la salud juega un papel decisivo la prevención de toda clase de adicciones patológicas. Para fomentar esa labor preventiva se han creado asociaciones beneméritas que llevan a cabo una labor intensa: preparan diversos materiales (películas, novelas y cuentos que aluden a algún valor relevante) y los distribuyen en multitud de colegios a fin de que los alumnos conozcan los grandes valores y los asuman personalmente. En algunos casos, es de lamentar que tales materiales –muy cuidados en cuanto a la forma- no reporten los beneficios que eran de esperar. Tal fracaso podía haberse previsto, porque la ingente labor realizada carece de un método adecuado a la meta que persigue. Los folletos que acompañan a tales materiales ofrecen toda clase de indicaciones eruditas, pero no sugieren las claves para extraer de las historias narradas el fruto debido en orden a la formación de niños y jóvenes. Esto lleva a muchos colegios a no utilizar esos materiales como medio educativo. A mi modo de ver, los materiales que se

ofrezcan deben tener como meta aumentar en niños y jóvenes la capacidad de discernir, por su cuenta, cómo han de orientar su conducta si quieren crecer como personas y ser felices.

Conocer de cerca el poder destructivo del vértigo es la medida más eficaz para prevenir adicciones patológicas

Según la *Pedagogía de la admiración*, la metodología adecuada actualmente para formar a niños y jóvenes no es la que se dirige a “enseñarles valores”, “comunicarles una serie de principios morales”, “darles pautas de conducta”..., sino la que les ayuda a “descubrir todo ello por sí mismos”. Respecto a la prevención de adicciones, esta metodología se dirige a lograr que los alumnos descubran que los procesos de “vértigo” o fascinación halagan al principio, no les exigen nada, les prometen una rápida y conmovedora plenitud y, al final, les quitan todo. Lo contrario sucede con los procesos de éxtasis, que al principio son muy exigentes, lo prometen todo y acaban dándolo al final. Cuando, a través del análisis de películas o relatos literarios, se consigue que niños y jóvenes distingan con claridad los procesos de vértigo y los de éxtasis, se logra que ganen la perspectiva necesaria para ver películas y leer obras literarias con penetración suficiente para prever a dónde se encamina cada uno de los personajes. No sólo se hacen cargo de lo narrado en esas obras; toman altura y determinan la conveniencia o la peligrosidad de ciertas actitudes y acciones. Se observa a menudo que luego utilizan, en sus conversaciones privadas, los conceptos clave expuestos en esos talleres y los aplican acertadamente a su vida cotidiana. Esta familiaridad con la teoría del vértigo y el éxtasis resulta decisiva en su formación porque les permite orientarse en la vida con rapidez y hondura.

Numerosos alumnos han confesado que este método les ha permitido dar un salto a un nivel superior de conocimiento, a una nueva forma de ver la vida y situarse ante las decisiones cotidianas. “*Ahora ya no necesito –ha manifestado más de uno- que me digan en pormenor lo que debo hacer en tal o cual situación. Lo descubro yo mismo*”. Esta es la meta de todo educador: conseguir que los alumnos se sientan capaces de discernir con seguridad lo que les conviene hacer y lo que han de evitar.

Actualmente, niños y jóvenes se ven acosados a diario por multitud de ideas, opiniones, imágenes y orientaciones a menudo opuestas, y no les resulta fácil discernir lo que les ayuda a construir su personalidad y lo que provoca su bloqueo. Necesitan, urgentemente, claves de orientación que les den luz, seguridad en sí mismos, capacidad de distinguir los maestros y los embaucadores. Si salen de las aulas preparados de esta forma, realizarán una labor muy positiva en la sociedad, porque serán buenos guías de sí mismos y de otros. Este auténtico liderazgo cultural repercute en la vida social de forma extraordinariamente benéfica.

5. La educación para el amor. El amor personal auténtico se da, como toda forma de encuentro, en el *nivel 2*. La mera pasión acontece en el *nivel 1*. El amor personal no es producto de un instinto (*nivel 1*); es fruto de una actitud creativa (*nivel 2*), como resalta en los análisis realizados en *La formación para el amor*, volumen III de la *Biblioteca del Educador*.

Los valores se descubren al vivir en el nivel 2

Estos cinco ejemplos nos muestran que hay diversas modalidades de actividad educativa, y es útil informar a los alumnos sobre sus características y su importancia. Pero tal información apenas les ayudará a formarse como personas si previamente no se les ayuda a elevarse al *nivel 2 de realidad y de conducta*. De ahí que los denominados “valores transversales” deban ser analizados a la luz que brota en nuestra mente cuando realizamos los doce descubrimientos vividos en la obra *Descubrir la grandeza de la vida* y experimentamos las transfiguraciones que acontecen al subir del *nivel 1* al *nivel 2*. Pueden los profesores hablar una vez y otra de tales valores desde sus perspectivas peculiares, pero no lograrán nada sólido si no dejan patente la función que ejerce cada uno en nuestro proceso de desarrollo personal.

Formar a niños y jóvenes es acercarlos al área de irradiación de los grandes valores

Mostrar este nexo entre los valores y el crecimiento personal es la tarea específica de los tutores o formadores. No es aconsejable, por ello, identificar la labor tutorial con la “enseñanza de valores”. Los valores no podemos “enseñarlos”, al modo como se enseña un contenido que no compromete a quien se hace cargo de él, por ejemplo los ríos de un país; hemos de ayudar a niños y jóvenes a adentrarse en su área de irradiación a medida que realizan los doce descubrimientos de forma creativa, ascendiendo del nivel 1 al 2, del 2 al 3, e incluso al 4, en el caso de los creyentes. Al descubrir el ideal de la unidad y optar decididamente por él, los alumnos logran captar por dentro la riqueza interna de los grandes valores. Entonces quedan verdaderamente persuadidos de la necesidad de realizarlos en su vida.

Formar a los alumnos significa orientarlos hacia la realización plena de su vida personal, lo cual implica cumplir las exigencias del encuentro, asumir los frutos que de él se desprenden y realizar los siete descubrimientos que se derivan de la opción por el ideal de la unidad: el descubrimiento de la libertad creativa, el sentido de la vida, la creatividad, la importancia del pensamiento relacional, el lenguaje como vehículo del encuentro, la fecundidad de las experiencias extáticas, el sentido auténtico de la afectividad humana³. Es inútil ofrecer a los alumnos explicaciones teóricas –por excelentes que sean- sobre ciertos valores si no se les ayuda a preparar el ánimo para responder a su apelación.

Esa preparación se adquiere a medida que se realiza el encuentro personal con las realidades valiosas del entorno. Los valores de estas realidades se nos patentizan en nuestro encuentro con ellas. De aquí se deriva que es la realidad misma de cada alumno la que pone de manifiesto qué valores juegan un papel destacado en su despliegue personal. Cuando el alumno advierte que ciertos valores se *hacen valer* en su vida *por su interna fecundidad*, pone sumo empeño en asumirlos activamente, es decir, creativamente. Esta interiorización creativa de los valores irradia luz para comprender por dentro, en su génesis, en qué medida son capaces de generar una vida plena y feliz.

Las ideas expuestas esquemáticamente en este artículo son ampliadas en los seis volúmenes de *La Biblioteca del educador* (Puerto de Palos, Buenos Aires) y serán objeto de análisis detenidos en el primer curso de los tres que ofreceré en Internet a partir de mediados del mes de septiembre 2006. (Información en www.escueladepensamientoycreatividad.org)

Alfonso López Quintás

³ Estos siete descubrimientos forman la copa del gráfico que figura al final de la obra *Descubrir la grandeza de la vida*.